



“Para terminar”

p. 131-136

Tula y los toltecas en la historiografía mexicana del siglo XVIII al XXI

Miguel Pastrana Flores

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

166 p.

(Teoría e Historia de la Historiografía 16)

ISBN 978-607-30-7662-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/797/tula-toltecas.html>

D. R. © 2023. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



PARA TERMINAR

Nunca se pareció del todo a su leyenda, pero se fue acercando.

Jorge Luis Borges, *Historia mundial de la infamia*

En 1918, Walter Krickeberg escribió a propósito de la cuestión tolteca: “En todo el tiempo que ha existido la ciencia americanista, la explicación de esta leyenda ha ocupado a la diversa calidad de autores, más que ninguna otra cuestión, relacionada con las naciones civilizadas de América. En general, el campo de los sabios se ha dividido en dos partes, según se prefiera la explicación mítica o histórica”.¹

Si el amable lector ha tenido la paciencia de seguir este trabajo encontrará que estas palabras, escritas hace más de un siglo, conservan plena vigencia. Efectivamente, la cuestión tolteca se ha planteado básicamente en dos bandos, el de los que defienden una interpretación histórica y el de los que mantienen una interpretación mítica. Hoy en día la diferencia principal con la situación señalada por el estudioso alemán estriba en que ahora existen puntos de contacto entre ambas posiciones. Así, por una parte, los historiadores han aceptado la necesidad de replantearse distintas cuestiones respecto de las fuentes, como el simbolismo, las mentalidades, lo imaginario y el análisis del discurso, lo que hace más enriquecedor el trabajo del historiador y le permite valorar mejor las dimensiones simbólicas, ideológicas y políticas de los textos antiguos. Por su parte, varios de los investigadores que han abordado la perspectiva sacra y mítica de las fuentes, admiten la relevancia de estudiar la historicidad, así como los condicionamientos sociales, políticos e

¹ Walter Krickeberg, *Los totonaca. Contribución a la etnografía histórica de la América Central*, traducción de Porfirio Aguirre, México, Secretaría de Educación Pública/Talleres Gráficos del Museo Nacional, 1933, p. 116.



historiográficos de los textos que estudian y, por ende, la necesidad de someterlos a la crítica histórica e historiográfica lo cual amplía el alcance de muchos trabajos. También hay mayor conciencia de la necesidad de entablar un diálogo interdisciplinario más amplio y constante, especialmente entre los invaluable aportes del trabajo arqueológico y el análisis de las obras escritas.

Al principio de esta investigación se plantearon tres preguntas fundamentales. La primera de ellas fue sobre las fuentes, al respecto hay que recordar que ésta es una de las cuestiones nodales del problema, o quizás sea la parte medular, el establecer el carácter y naturaleza de las fuentes y la historiografía de tradición mesoamericana. De manera frecuente se ha incurrido en caracterizar las narraciones referidas en estas obras como míticas, legendarias o históricas, sin que en todos los casos se halla emprendido un examen cuidadoso de los textos y sus contenidos para comprender su organización interna. No todos los estudiosos han definido adecuadamente los conceptos de mito, leyenda e historia, los cuales han sido expresados comúnmente como términos, por una parte, mutuamente excluyentes, y por otra, equivalentes a lo real e irreal, a la verdad y la mentira, con el resultado de generar un debate en términos dicotómicos de blanco o negro sin una zona gris intermedia.

Es notable, y revelador, que cuestiones fundamentales sobre los perfiles culturales, sociales y políticos de los autores de las obras de tradición indígena no han sido planteadas ni desarrolladas de manera sistemática. Puede afirmarse lo mismo sobre sus destinatarios, se ignoran los perfiles de los públicos al que estaban destinadas, los contextos de lectura, así como las formas de esta, su posible recepción y la intencionalidad con que fueron elaboradas. En otros contextos estas serían preguntas fundamentales que deben responderse antes de intentar una reconstrucción histórica o una interpretación de un ciclo mítico, faltan en el caso de Mesoamérica. La crítica documental, textual e historiográfica de las obras de tradición indígena ha sido relativamente escasa e insuficiente en lo que toca a los estudios sobre el problema tolteca. Si bien se han planteado distintas propuestas sobre las posibles categorías nahuas para conocer, cons-

truir y expresar el pasado, debe reconocerse que dichas propuestas no han sido del todo adecuadas para poder establecer con claridad las características formales, los tópicos o los contenidos de las categorías de raigambre mesoamericanas acerca del pasado.²

Un aspecto común, prácticamente en todos los autores, es la idea de separar, dividir y extraer datos y noticias de las obras de tradición indígena, por así decirlo “depurarlas” de interferencias “legendarias”, “míticas”, o “históricas”, según la predilección de cada estudioso. En contraste no hay esfuerzos suficientes para comprender a esas mismas obras como unidades significativas por sí mismas y no únicamente como fuentes de información. Sin duda el concepto de verdad de cada investigador y las preguntas de investigación que se formulan han llevado a ver en las narraciones de tradición mesoamericana sólo aquellos aspectos que son útiles, sin preocuparse por saber qué hacen en los textos mismos, qué función cumplen dentro del discurso de las obras historiográficas de tradición indígena, ni en el contexto social y cultural en que fueron elaboradas. Esto nos remite a tratar de entender las obras desde sus propias características y peculiaridades discursivas, así como en sus relaciones con todo un *corpus* documental, porque es en la comparación donde se podrán encontrar aquellos

² Véase, entre otros trabajos, los de Miguel León-Portilla, *La historia y los historiadores en el México antiguo. Discurso de ingreso*, México, El Colegio Nacional, 2012; Ángel María Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl*, 3a. edición, 2 v., México, Porrúa, 1987; José Rubén Romero Galván, “Introducción”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, coordinación de José Rubén Romero Galván, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. 9-20 y Miguel Pastrana, “Historiografía de tradición indígena”, en *Historia general ilustrada del Estado de México*, 6 v., Gobierno del Estado de México/El Colegio Mexiquense, 2011, v. II, p. 55-85, “Una historiografía en busca de historiadores. La historiografía de tradición indígena”, *Historiagenda*, octubre de 2018-marzo de 2019, 4a. época, n. 38, p. 5-13. Al respecto es necesario tomar en cuenta el intercambio de ideas entre Nicholson y Graulich a propósito del libro del primero *Topiltzin Quetzalcóatl...*, véase Nicholson “Commentary [a la reseña de M Graulich]”, *Nahua Newsletter*, febrero 2002, n. 33, p. 18-21, y “Commentary [a la respuesta de Graulich]”, *Nahua Newsletter*, noviembre 2002, n. 34, p. 13-14; Graulich “Review of H. B. Nicholson, *Topiltzin Quetzalcóatl of Tollan*”, *The Nahua Newsletter*, febrero 2002, n. 33, p. 14-17, y “Commentary”, *The Nahua Newsletter*, noviembre 2002, n. 34, p. 11-13; así como el comentario de Michael E. Smith a ambos autores “Comments on the Historicity of Topiltzin Quetzalcoatl, Tollan, and the Toltecs”, *The Nahua Newsletter*, noviembre 2003, n. 36, p. 31-37.

elementos que nos permitan plantear las categorías comunes a toda esa producción.

Si se logra conocer cuál era la imagen de Tula, los toltecas, Quetzalcóatl y la *toltecdýotl*, entre los mexicas y otros grupos nahuas a través de su discurso acerca del pasado, un discurso sobre el pasado que dice ser verdadero, que entraña profundos vínculos con el presente desde el cual se expresa y que por ello es plenamente historiográfico,³ estaremos en posibilidades de comprender cual era la imagen del pasado que pretendían forjar y los motivos políticos, sociales, religiosos e ideológicos de su elección. Así como el sector social que construyó y transmitió esa imagen del pasado y a qué grupos sociales estaba destinada. Aspectos sobre los cuales los trabajos de León-Portilla apuntan ideas que deben explorarse con más detenimiento.

Sobre la segunda pregunta, ¿qué es Tula? Encontramos las más variadas respuestas, mismas que están en estrecha relación con la idea de la naturaleza misma de las fuentes de cada investigador. Destaca por supuesto la disyuntiva entre quienes, como Orozco, sostienen la existencia histórica de Tula y Quetzalcóatl, frente a un Brinton que la niega completamente. Más de 100 años después algunos investigadores continúan en la misma disyuntiva. Sorprende la modernidad de Chavero que vislumbra algo de lo que será una de las características de los intentos por salvar la dicotomía entre mito e historia, al ver en el mito no sólo un juego religioso sino una experiencia que se vive cotidianamente e influye en los acontecimientos. Esta idea será desarrollada, muchos años después, con renovado vigor y creatividad por Kirchhoff y López Austin.

Sin embargo, hay que recalcar que aún subsiste el problema de incompatibilidad entre el registro arqueológico de Tula Xicocotitlan y el discurso de las fuentes sobre la ciudad de Quetzalcóatl. Es necesario revisar las bases mismas sobre las cuales los estudiosos han intentado hacerlo; pues en principio se trata de dos formas diferentes

³ Véase Edmundo O’Gorman, “La conciencia histórica en la Edad Media”, en Edmundo O’Gorman, *Historiología. Teoría y práctica*, estudio introductorio y selección de Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, p. 29-66.

de concebir, pensar y conocer el pasado. Por un lado, está la tradición indígena de representar el pasado y que transmite antiguos saberes, mientras que, por otro lado, está la arqueología, la cual se constituye bajo el modelo decimonónico de las ciencias sociales. En este sentido puede decirse que hay dos grandes vetas en el acercamiento al pasado tolteca, uno es el estudio sistemático de la tradición indígena consignada en la historiografía y documentos del periodo novohispano y otro de la arqueología fraguada desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. Sin embargo, ambos tipos de acercamiento no han resuelto los problemas básicos y no se ha establecido el diálogo adecuado entre ambas perspectivas.

La tercera pregunta, ¿qué relación tienen los mexicas con Tula? fue, por supuesto, la menos contestada. En muchos casos se pondrá la atención en los vínculos de tradición cultural compartida manifestada de manera material que estudia la arqueología, como re-frendada por los textos nahuas. En las obras revisadas destacó el vínculo con el linaje de Tula a través del parentesco con Culhuacan señalado por Chavero y retomado por muchos autores. En las diversas propuestas estaba presente la idea de que los mexicas se ligaban a los toltecas para justificar, de alguna manera y ante instancias que nunca se definen, sus pretensiones de dominio. Sin duda es claro que lo tolteca, la ciudad de Tollan y figura de Quetzalcóatl fueron fundamentales en la construcción de las estructuras culturales, religiosas y de dominio político entre los mexicas y otros pueblos nahuas. También es claro que esto no fue una mera copia o trasunto, sino que implicó una reinterpretación de los viejos modelos consignados en las tradiciones acerca del pasado. Esta es una de las cuestiones que mejor puede responder un estudio de historia de la historiografía, pues al establecer qué idea tenían del poder tolteca y del suyo propio se podrá profundizar más en la conciencia histórica y política de los mexicas.

Después de este recorrido historiográfico tan largo es claro que el calidoscopio tolteca aun dista mucho de agotarse y tiene muchísimas imágenes más que entregarnos. La investigación sobre Tula y los toltecas goza de cabal salud y está en plena producción, por lo que este trabajo es tan sólo un breve balance de la discusión en el



campo de la historiografía mexicana.⁴ Quizás el mejor corolario de este extenso recorrido historiográfico de la cuestión tolteca sea retomar las palabras de Walter Lehman acerca del conocimiento de la historia indígena antigua de México: “con todo y la variedad de todas estas fuentes de información, con todo y la tremenda cantidad de documentos ya colectados, encontramos que prevalecen tantos errores, tanta incertidumbre, tal cantidad de prejuicios, que debemos tomarlo como una advertencia para ser modestos y prudentes en nuestras afirmaciones”.⁵

⁴ Entre esos numerosos trabajos pueden mencionarse, como una breve muestra, los escritos de Shanon Dugan Iverson, “Los eternos toltecas: historia y verdad durante la transición del periodo azteca al colonial en Tula, Hidalgo”, *Arqueología Iberoamericana*, 2018, año X, v. 37, suplemento 3, p. 3-27; J. K. Kowalski y C. Kristan-Graham, *Twin Tollans: Chichén Itzá, Tula, and the Epiclassic to Early Postclassic Mesoamerican World*, Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 2007; Michael E. Smith, “La fundación de las capitales de las ciudades-estado aztecas: la recreación ideológica de Tollan”, en *Nuevas ciudades, nuevas patrias. Fundación y recolocación de ciudades en Mesoamérica y el Mediterráneo antiguo*, Ma. Josefa Iglesias Ponce de León, Rogelio Valencia Rivera y Andrés Ciudad Ruíz, Madrid, Universidad Complutense/Sociedad Española de Estudios Mayas, 2006, p. 257-290; Anamaria Ashwell, “Las Cholulas y su patrimonio arqueológico y cultural amenazado”, *Elementos*, v. 102, 2016, p. 17-23 y Patrick Johansson, “Vejez, muerte y renacer de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl”, *Arqueología Mexicana*, 2016, n. 139, p. 16-25.

⁵ Citado por Ignacio Bernal, *Historia de la arqueología en México*, 2a. edición, México, Porrúa, 1992, p. 148.